

EVOCACION DE CARLOS EDUARDO CARRANZA Y SU TIEMPO

Por

FRANCISCO M. FERRER

Carlos Eduardo Carranza nació en abril de 1881 en Casilda, ciudad del sur de la provincia de Santa Fe, en cuyo medio a comienzos del siglo hizo sus primeras armas en el periodismo. Dirigió la revista "El Cronista", celebrada por Carlos Guido Spano, y allí también fundó una biblioteca. Poco después se trasladó a Rosario, pero será en la capital de la provincia donde habrá de desarrollar su vasta y dilatada labor escrita en los principales diarios que dieron características singulares a toda una época de espléndidas realizaciones en la evolución y adelanto del periodismo santafesino.

En las primeras décadas de este siglo los órganos periodísticos no habían adoptado las formas de neutralidad de los grandes titulares y de la variada y múltiple información sin apostillas críticas, en la línea objetiva y sin relieves de "El redactor Linge", que exhibe con acentos mordaces la novela de Knut Hansum.

Es preciso detenerse en los hábitos de esa época dominada por encendidas contiendas cívicas para verificar los profundos cambios que se han producido en las inclinaciones y la aficción del común de la gente. Los diarios de aquel entonces eran todos de carácter político, aunque siempre había lugar, como observa Manuel Gálvez, para los últimos versos

de los poetas uruguayos o cordobeses o para el artículo del periodista español o para el escarceo filosófico o sociológico del plumífero nativo de la ciudad.

En sus Recuerdos de la Vida Literaria, en el volumen dedicado a "Amigos y Maestros de la mi Juventud", el autor de "La Maestra Normal", describe ese mundillo literario que se forma sobre todo en torno a "Nueva Epoca" por cuya redacción en períodos sucesivos desfilaron escritores de enjundia que más tarde se hicieron famosos en el ámbito nacional. Dice Gálvez que "allá por el 900 los escritores santafesinos procedían en su mayoría de otras partes. Las contiendas políticas del Uruguay traían a Santa Fe muchos orientales, algunos de los cuales arraigaban para siempre, y entre los que no faltaban versificadores. España —agrega— ha enviado a nuestras provincias y aún a Buenos Aires, y sigue enviando, toda una inmigración periodística literaria de la que salen hábiles directores de diarios, a veces buenos redactores, y tal cual gramático que, con la palmeta del dómine Valbuena, pretende castigar a los criollos rebeldes, desconocedores de la autoridad de la Academia o de los clásicos. Y Córdoba, excesiva de doctores, manda a las provincias limítrofes unos cuantos, entre los que nunca falta un polemista católico o un poeta".

"De cuando en cuando, —continúa Gálvez— se trezaban dos discutidores en una polémica. Como, fuera de la política, en el pueblo no había nada de qué hablar ni en qué ocuparse— la discusión apasionaba por soporífera que fuese. En Santa Fe de entonces había un par de anticlericales rabiosos, dispuestos siempre a polemizar. Recuerdo haber visto en los diarios santafesinos interminables discusiones sobre asunto tan nuevo como la existencia de Dios. Los temas literarios daban menos motivos a las provocaciones, pero todas las polémicas, así se tratase de la realidad del Infierno, de las doctrinas de Darwin, o de los milagros, terminaban fatalmente en acusaciones de anticlericalismo. Interviniese o no el inevitable español valbuenista, cada discutidor reprochaba a su contrario, como un atroz delito, el haber empleado tal o cual palabra que no

figuraba en el diccionario. Y el culpable del crimen abandonaba la polémica vencido, o, para justificar la retirada, tartamudeaba algunas injurias y se declaraba a sí mismo vencedor”.

Juan Alvarez, el historiador que destacó el factor económico en las guerras civiles de los argentinos, poco afecto a la hipérbole, dijo alguna vez: “Con el Dr. José Gálvez empieza la civilización en Santa Fe”. Aludía de ese modo a las múltiples iniciativas creadoras de este excepcional hombre de gobierno, a quien se lo ha colocado al lado de Alberdi, Sarmiento y Rivadavia, por su capacidad extraordinaria de anticiparse al futuro y señalar rumbos a sus sucesores.

Este gobernante santafesino no sólo hizo cruzar el territorio de la provincia de vías férreas, impulsó el comercio, la agricultura y la colonización y difundió la instrucción pública hasta límites insospechados, sino que completó su notable obra educativa con la creación de la Universidad Provincial.

Con la fundación de “Nueva Epoca”, y David Peña como director, espíritu idealista y bohemio, orador brillante y gran periodista, inaugura en la penúltima década del siglo pasado un diario de indudable jerarquía que en sus diversos avatares, con períodos de luz o de sombra, están reflejadas las palpitaciones de la vida provinciana en sus luchas y afanes de progreso. En sus columnas, durante casi media centuria, discurre con sabrosa placidez la pequeña y gran historia de Santa Fe a través de la sátira política de José Gras, de la pluma incisiva de Hugo Wast, de la suave ironía de Mateo Booz, la cáustica mordacidad de Satiricón y el travieso humorismo de Agustín Zapata Gollán.

Manuel Gálvez, al recordar su amistad con David Peña, exalta el idealismo de su espíritu inquieto que lo llevó al fracaso de algunas de sus mejores empresas. “No creía en la maldad de los otros, ni dudaba de nadie”... “El país no sabe lo que ha perdido por no haberle dado a David Peña altas posiciones en el gobierno” exclama con tristeza el afortunado biógrafo de Hipólito Irigoyen. “Un soñador e idealista como él —prosigue en sus amargas reflexiones— es claro que no puede

poseer la aptitud de ganar dinero. Peña tuvo que luchar siempre para vivir y mantener a los suyos. Esto —que en otras sociedades menos materializadas que la nuestra es un título, aquí es una inferioridad. El que quiera ser diputado, ministro, jefe de partido, personaje importante, ha de “tener casa”, como se dice, o sea, una casa bien puesta; y ha de tener dinero y darse tono. Sin dinero no se va a ninguna parte en este país”.

En sus apuntaciones de quienes acompañaron a David Peña, en la brillante iniciación de “Nueva Epoca”, recuerda a Federico Leal, poeta español, de vigor y talento, que firmaba con el seudónimo de Cristian Roeber, a Diego Fernández Espiro, poeta romántico, difundido por su indumentaria llamativa, sus desplantes de mosquetero y por sus sonetos muy mediocres a pesar de su fama, a José Gras, cuya pluma satírica se burlaba de todos los políticos y hombres conocidos y que, cuando nuestras pésimas relaciones con Chile, publicó una *Historia de lo que no ha sucedido*, curioso relato de una imaginada guerra entre dos pueblos hermanos.

En 1900 nada quedaba de esto, anota Gálvez. Sin embargo —agrega— se mantenían por entonces dos figuras literarias interesantes, Domingo Silva, periodista muy hábil, inteligente y mordaz, autor de algunas excelentes páginas, entre otras, un tomito sobre San José del Rincón, la aldea en la que terminó su vida inquieta el padre Castañeda, y Floriano Zapata, tío de Manuel Gálvez, que lo inició en su vocación literaria, que poseía un vastísimo conocimiento de la literatura española y escribía en una prosa castiza que recordaba a la de don Juan Valera. Zapata redactaba los discursos a los gobernadores holgazanes y a los que no sabían hacerlo y publicaba de tarde en tarde un artículo. También cita a Evaristo Carriego el contrincante de Sarmiento en la prensa, y algunos jóvenes aficionados a escribir, entre los que menciona a Juan Julián Lastra, poeta decadente de quien Conrado Nalé Roxlo, en el libro que consagra a Alfonsina Storni, se burla sin piedad; a Carlos Alberto Leuhmann, que ya comenzaba a publicar

cuentos, y a Gustavo Martínez Zuviría, que termina sus estudios y que por aquellos años no era Hugo Wast sino Hall Madgyar.

En 1912 con la primera experiencia electoral de la ley Sáenz Peña el radicalismo conquista el poder y el Dr. Manuel Menchaca es elegido gobernador de la provincia. Uno de los diarios que sostiene su política es "Democracia", fundado en 1909 por el Dr. José María Zavalla, que tiene su sede en calle Moreno casi esquina San Jerónimo. En ese año muere uno de sus redactores más conspicuo, el poeta y periodista Francisco Velázquez Pujada, cuya imprevista desaparición mueve al director don Claudio Piedrabuena a llamar a su amigo Carlos Eduardo Carranza, que vivía en Rosario, y le ofrece el cargo de secretario de redacción. Carranza acepta y se instala con su familia en el piso alto del antiguo caserón y ya no dejará más la ciudad de Garay, que lo ganó para toda su vida en el quehacer de escritor cotidiano, pues formó parte de la redacción de "Democracia" hasta que dejó de aparecer en el año 1914, y sucesivamente escribió en "La Opinión", "Nueva Epoca", "El Orden", "El Litoral" y "La Provincia".

También fundó Carranza la revista literaria "Troqueles" de vida efímera, y posteriormente dirigió por poco tiempo una excelente sección literaria que publicaba "El Litoral", fundado por don Salvador Caputto en 1918, y en la cual colaboraban las plumas mejor cotizadas en el ámbito nacional.

Era Carranza de mediana estatura, de mirada inquisidora y hablar pausado. En los últimos años de su vida solía usar bastón como un signo llamativo de su cuidadoso atuendo, aunque, por cierto, no presumiera de dandy. La sordera que padecía no facilitaba el diálogo y con frecuencia lo mantenía aislado de las conversaciones, pero lo cierto es que no estaba ausente sino cuando se proponía huir de su interlocutor. Hablaba con inflexiones agudas de voz y para subrayar sus frases irónicas se servía de una mímica expresiva que hacían aún más curiosas sus ocurrencias.

En cierta ocasión alguien le preguntó cómo se llevaba con su sordera, a lo cual replicó: "Muy bien porque me libera a menudo de la necedad y vulgaridad de la gente. En cambio, siento el dolor íntimo de estar privado de la emoción de la música".

A comienzos de 1922 ingresé a "Nueva Epoca" y allí tomé el primer contacto personal con Carlos E. Carranza, que entonces ejercía las funciones de jefe de redacción y que gozaba de merecido prestigio junto a figuras literarias a quienes el público seguía con acuciosa simpatía en sus sugerencias de bien público y en sus escritos polémicos. Recuerdo que a los pocos días me trajo a mi mesa de trabajo un ejemplar de "David Cooperfield" con el propósito de publicar la novela en las columnas del diario. Los diarios tenían su folletín y Carranza quería que los lectores de "Nueva Epoca" se acercaran al conocimiento de la obra y de los personajes del gran novelista y aprovechó la ocasión para hablarme de Dickens, de su imaginación creadora, de su sano humorismo, pero también de su ternura por los niños y los humildes.

Tenía Carranza consumadas aptitudes de periodista que se manifestaban en su insaciable curiosidad, en la rapidez con que hallaba la nota de interés para el público y en el suelto escrito con ingenio y corrección idiomática que hacían las delicias de sus lectores. Su producción más asidua y original aparece en "Nueva Epoca", de cuya mesa de redacción formó parte junto a Martínez Zuviría, Horacio Caillet-Bois, Pedro Caminos y Mateo Booz, con quien trabó una dilecta y perdurable amistad que se reflejaría provechosamente en la labor literaria de ambos escritores. Allí Carranza hizo famoso su seudónimo de *Satiricón*. Su espíritu chispeante y observador, su sentido del humor para divertir a los lectores y mostrar en toda su desnudez los contrastes de la existencia y las debilidades y miserias de los hombres que presumen de importantes, su conocimiento de los asuntos públicos y su valentía para comentarlos según sus propias convicciones y juzgarlos sin ren-

dirse a las presiones del poder o al halago de las mayorías circunstanciales dan a muchos de sus artículos un gran valor moral además del mérito de su prosa fluida y caudalosa.

Recuerdo que a Roberto Caminos, incorporado al diario meses antes de mi ingreso, y que ya había dado muestras de sus condiciones de hábil cronista, le sugirió la conveniencia de concurrir a las ferias francas que funcionaban en algunos barrios, para recoger impresiones de los feriantes, vendedores y amas de casa, y dar en breves notas las peripecias del consumo y el drama de los precios, cuyos relatos luego hacía Caminos con destreza y realismo de buen narrador. Naturalmente después del largo tiempo transcurrido y de tantas amargas vicisitudes que el país ha soportado, el drama por el cual se interesaba Carranza, para la gente modesta se ha agravado hasta límites extremos, pero esas notas directas, coloridas y humanas ya no se escriben ni se leen hoy en la ciudad.

Fue Carranza un escritor que manejaba el tema político con intención zumbona y singular agudeza. Mateo Booz, en 1936, en remembranzas de épocas pasadas, dice: "Conocí a Carranza hace mas de veinte años. Yo entonces iniciaba en Santa Fe mi tarea de redactor de diarios. Mi primer contacto espiritual oon él fue enojoso. Serviamos políticas opuestas, y él desde su hoja y yo desde otra, nos tiramos algunas balas rasas. Pero la situación de antagonistas ocasionales no me impidió vislumbrar en sus artículos de prensa, por mas que me mortificaran, a una inteligencia lúcida y a una pluma experta".

Quizá lo mas valioso de su quehacer intelectual está en las hojas de los diarios santafesinos a los cuales entregó el fruto de su talento de escritor. Tenía el don precioso de la observación certera y descubría el lado festivo o ridículo del episodio que comentaba con la gracia amena de Larra en sus narraciones de ambientes y costumbres. Pero también sabía adentrarse con agudeza y comprensión en los problemas lacerantes que afligen al mundo contemporáneo. "Nueva Epoca" ha publicado muchas de sus crónicas de imaginarios sucesos

que dan la medida de sus cualidades de analista de la sociedad toda, como aquellas en que hacía aparecer a un orador fantasma en la ciudad que reunía a una gran cantidad de espectadores que oían embelesados sus vehementes imprecaciones de apóstol por las injusticias y mentiras de los gobernantes de turno.

Era por lo demás diestro y hábil en la polémica, no sólo para exponer con vigor persuasivo las razones de la tesis que sustentaba, sino para exhibir las debilidades del adversario con el auxilio de recursos pintorescos y de una dialéctica incontrastable. Se rebelaba ante la injusticia y frente a la iniquidad cometida estallaba su temperamento combativo sin que le arredrase la impopularidad de la causa por él defendida.

La Constitución del 21 había dividido profundamente a católicos y liberales. El insólito decreto del gobernador que desconoció su validez ahondó aún mas la pugna entre los que defendían las facultades implícitas de la Convención Reformadora y los que propugnaban la ineficacia de la prórroga votada por los convencionales. No pocos allegados al gobernador militaban en el grupo de diputados constituyentes liberales que habían repudiado el decreto de desconocimiento —que Lisandro de la Torre marcó a fuego— entre los cuales figuraba su propio ministro de Gobierno, pero éste infortunadamente había sufrido un grave percance a consecuencia del cual se hallaba internado en Rosario. La opinión pública esperaba que restablecido el ministro haría causa común con los colegas de su misma ideología, pero no fue así. El ministro se quedó impasible en su sillón ministerial.

Todos estos sucesos, como los agrios debates en torno al naufragio constitucional daban rienda suelta al ingenio corrosivo de Carranza, y en uno de sus artículos trataba de desentrañar la verdadera enfermedad que aquejaba al ministro, olvidado de su anterior línea liberal, y concluía que su afección en realidad tenía un nombre, y este era: "*Durafacitis*".

En el año 1922 Jacinto Benavente había venido a Santa Fe en una gira que resultó triunfal por toda América latina,

acompañando a Lola Membrives y Ricardo Puga. En el Teatro Municipal la compañía dió las obras mas representativas del insigne dramaturgo español. Benavente fue objeto de múltiples agasajos. El Colegio de la Inmaculada realizó un acto en su honor. El padre Alfonso Durán dijo en su elogio algunos epítetos abrumadores y desconcertantes. Lo comparó con una pantera, y a continuación Horacio Caillet Bois leyó un soneto magnífico de imperecedera belleza, que "Nueva Epoca" publicó al día siguiente. Benavente y su primer actor visitaron luego el diario. Carranza, en la animada tertulia que se prolongó por varias horas, le pidió una colaboración y con ademanes imperiosos, muy propios de él, instó a don Jacinto a que se pusiera a escribir allí mismo, pero éste, con meliflua suavidad, resistió sus embates y prometió enviarle al día siguiente la maravillosa apostilla al "Padre Nuestro" que el autor de "La Malquerida" había leído en el acto de la Inmaculada. La colaboración prometida nunca llegó, pero esa misma tarde Carranza escribió una bella página que tenía el mágico encanto de un cuento de hadas. De regreso a su casa refería a los suyos que había llegado un Rey. Y ese Rey, de un reino imaginario y fabuloso, que lo conmoviera hasta las lágrimas, era el admirable creador de "Los Intereses Creados".

La noche en que Benavente se despedía de la ciudad de Santa Fe un cable de Estocolmo le comunicaba el premio nobel de literatura.

Así era Carlos Eduardo Carranza, pronto al sarcasmo y de humor variable, cordial y efusivo por momentos; retraído y huraño en la generalidad de las veces, sensible siempre a todas las expresiones de la inteligencia y la belleza.

Cuando don Alfredo Estrada, a fines de 1927, funda el diario "El Orden", alentado en su empresa cultural por don Juan Sánchez, periodista de notable agudeza y gran sensibilidad moral, que desde la jefatura de redacción orienta el diario en sus primeros meses y forma su cuerpo de redactores, se propuso conseguir colaboradores permanentes de prestigio lite-

rario que firmasen sus trabajos a la manera de los grandes rotativos. Logró así que enviaran artículos llenos de interés Carlos E. Carranza y Agustín Zapata Gollán, quien, además ilustró no pocas veces las páginas del diario con sus regocijantes caricaturas de los personajes políticos en boga. Con motivo de su colaboración periódica volví a tratar a Carranza, quien por esa época también desempeñaba funciones administrativas en el Ministerio de Gobierno de la Provincia, donde se encargaba de redactar mensajes y discursos, en cuyos documentos oficiales, como es natural, desaparecía su personal e inconfundible estilo.

Juan Sánchez, fino y penetrante, que sentía su oficio de periodista con amor de artesano, dispuesto siempre a la sugestión oportuna y al consejo desinteresado y útil, escribía los sueltos con rigor lógico y armonioso equilibrio, en su fugaz empresa de hacer un buen diario fue acompañado por sus amigos, el erudito Francisco Valdez y el disertante Antonio Juliá Tolrá, y también por un grupo de jóvenes animosos entre los que ahora recuerdo a Angel J. Borzone, Armando Esaul Molina, Antonio Leonardt, Tomás Calle y Octavio Ferreyra.

Por ese entonces, José Torralbo en "La Provincia", publicaba sus editoriales rotundos y vibrantes que causaban justa admiración y atraían un gran público, como antes lo hiciera con análoga resonancia en el diario "Santa Fe", cuyo director años atrás, para su desdicha, había intentado polemizar con "Satiricón". Luis Di Filippo acompañaba a Torralbo y escribía sus ingeniosos y sutiles comentarios del día.

Alguna vez quizá se escriba la historia de los grandes periodistas santafesinos y se destaque como se merece a estos sembradores de cultura que tanto hicieron por el adelanto de Santa Fe en el orden espiritual, y en una extensa prédica esclarecedora y docente.

Carlos Eduardo Carranza, que derramó a manos llenas en las hojas periodísticas los dones de su mente privilegiada es autor de un libro único. Escribió en colaboración con Mateo

Booz cuentos y obras teatrales y también hizo versos. En todos los géneros que cultivó dió señaladas pruebas de su riqueza imaginativa, de su penetración de buzo del alma humana y dejó estampada la gracia con que se manifiesta el artista de verdadera sensibilidad.

"Abalorios" es sin duda un libro desigual, pero algunos de sus cuentos como "El sueño de Mirasol", "Faltaba una Prueba", "El Microbio de Hansen", "La Escribanía de Culpín", "Nuestros Padres", "La tragedia de Gumersindo Chamorro" y "Un Comisario Modelo", bastan para consagrarlo y situarlo entre los recios narradores argentinos que se han destacado en este difícil género que ha dado celebridad universal a Maupassant, Chejov y Rudyar Kipling.

Luis Emilio Soto, a propósito de "Abalorios", apunta con acierto: "Un raro talento narrativo se acopla a una punzante ironía para poner al descubierto la apariencia en pugna con la realidad, a veces sórdida de la pequeña burguesía provinciana venida a menos".

Pedro Maglione Jaime ha realizado un sagaz análisis de toda la obra literaria de Carranza.

Y Edgardo A. Pesante sin duda tiene razón cuando dice: "Mateo Booz y Carranza son los iniciadores del cultivo del cuento en Santa Fe". En sus cuadros y tipos refleja nuestro litoral, como Juan Carlos Dávalos el noreste argentino y el genio estupendo de Horacio Quiroga la tierra misionera".

Pero nada más expresivo que el juicio autorizado y ecuánime del propio Mateo Booz, que a un año de la muerte de Carranza, el 17 de agosto de 1936, en una página que tiene la sugestión de una emocionada confidencia de insuperable belleza, estima los dones espirituales de su amigo desaparecido:

"Esas narraciones, frutos de la improvisación de un quehacer acelerado de distintas épocas, no dicen cuanto era capaz de realizar. El también lo sabía, y, estimulado por voces alentadoras, se preparaba para organizar su trabajo y disciplinar sus esfuerzos. Pero llegó la muerte de improviso, como

es a menudo su visita, y barrió todos los sueños y promesas”.

“Al morir Carranza tenía una novela de costumbres rurales. “El arte de curar”, próxima a aparecer, y un buen número de carpetas dactilografiadas y armadas, que pensaba editar a breve plazo. Lamentablemente, todo esto se ha perdido”.

“Tengo la certidumbre —asevera Mateo Booz— de que con esa inteligencia se apagó la posibilidad de una obra de más extensa dimensión espiritual que duraría tanto como las sobresalientes de este período de producción, de una obra que sería el verídico reflejo de sus virtudes de escritor y también, debo decirlo, de pensador”.

“Como periodista, dice, la reconozco sin vacilaciones y seguro de no exagerar la talla de los más reputados periodistas del país. Su rapidez y la claridad y el sentido de la construcción armoniosa eran en él cualidades eximias”.

“Públicamente confesaba que aprendió a mi lado cosas útiles. No lo desmentí, porque, sin petulancia, era verdad. Así aprendió a moderar sus arrebatos de polemista, a discernir mejor los límites de lo lícito y a omitir todo lo ociosamente mordaz. Pero de esa convivencia yo salí ganancioso. Lo dije también cuando él vivía. La tersura y claro tañido de su prosa, en una labor común de muchos años, obró saludablemente sobre mis recursos de expresión. El pecaba de mórvido, y yo de escuálido y me parece que uno y otro, por recíproca influencia, nos corregimos en notable medida”.

¡Hermoso ejemplo de espiritual unión y solidaridad creadora de estos dos escritores!

“Formamos una amistad, concluye Mateo Booz, que resistió a todas las roces de dos temperamentos diferentes. Y yo debía estimarlo cada vez más, porque cada circunstancia la vida me iba revelando la nobleza de su corazón y ese espontáneo y desinteresado impulso que lo movía a protestar contra las injusticias”.

El azar es Dios, sentencia Anatole France con imperturbable cinismo. Y ese azar que tanto influye en la vida y en la

muerte, ciertamente, no ha sido propicio al reconocimiento pleno de todas sus dotes literarias que definieron la personalidad de Carlos Eduardo Carranza.

Su amigo entrañable, y también colaborador suyo, pero sobre todo autor de obra de ficción más depurada y múltiple, con la gloria de su nombre en la literatura americana, mucho antes de ahora, con expresiones de verdad y afecto, ha proclamado los significativos valores del escritor con quien compartió una dilatada faena intelectual.

Ambos fueron dueños de un estilo propio que dio brillo al periodismo santafesino, con rasgos de gracia e ingenio, durante un largo período, que por lo mismo que no se ha repetido, mantiene vivo el recuerdo admirativo de sus antiguos lectores.

